

Una frase puede construir o destruir un futuro:

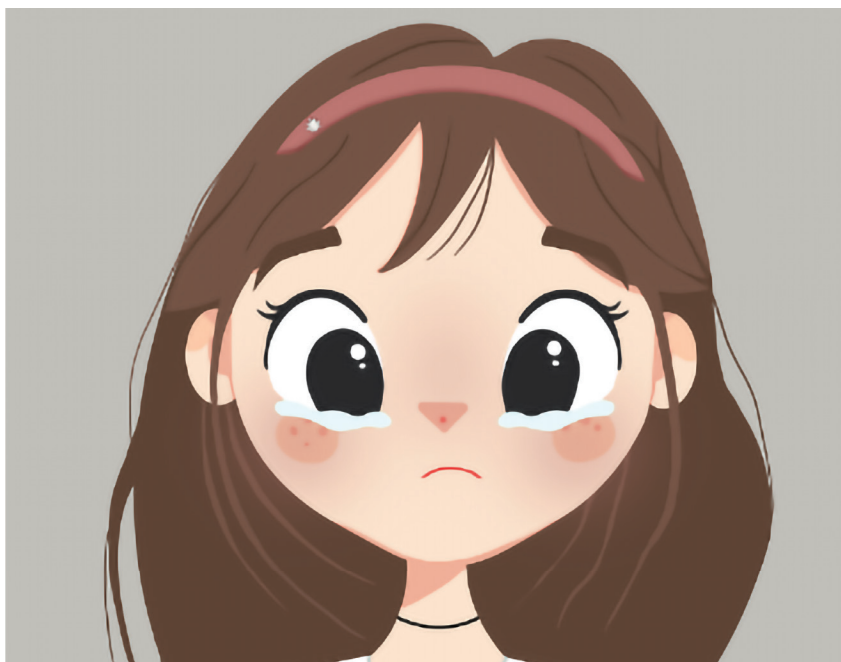
el impacto de la comunicación en la identidad creativa

Mucho antes de que un niño aprenda a dominar el pincel, aprende a leer el juicio en los ojos de quien lo observa. La comunicación es el marco que permite que una pasión crezca o desaparezca por miedo al error. En el ámbito educativo solemos pensar que los grandes cambios vienen de metodologías innovadoras, recursos tecnológicos o reformas curriculares.

Sin embargo, muchas veces lo que en realidad marca a un estudiante no es qué se le enseña, sino cómo se le habla. Así pues, la comunicación no es un complemento del proceso educativo: es el proceso educativo en sí.

Cuando el lenguaje apaga una pasión

De niña era muy artística. Sentía una necesidad constante de dibujar, de crear, de expresarme con colores y formas. El problema no era la falta de ganas, sino la falta de espacio. No tenía dónde pintar, así que pintaba en las paredes. Cada vez que me descubrían, la reacción era la misma: voces fuertes, enojo, castigos. Nadie me preguntó por qué lo hacía, nadie vio ahí una forma de expresión.



Para mí, el mensaje fue claro, dibujar estaba mal. Con el tiempo, empecé a esconderme. Me metía dentro del armario de mi habitación y dibujaba en sus paredes, en silencio, como si estuviera haciendo algo prohibido.



Cada palabra que usamos en el aula deja una huella. A veces esta huella es tan profunda que puede silenciar una pasión durante años.

Cuando finalmente me descubrieron, la reacción fue aún más dura. Y sin que nadie lo dijera explícitamente, entendí algo que me acompañó durante años: que mi creatividad no era bienvenida.

Así pues, durante mucho tiempo dejé de dibujar. No dejé de hacerlo porque no me gustara, sino porque aprendí a sentir vergüenza de eso.

Cuando la comparación y el juicio dejan huella

A los seis años, en segundo de Básica, una profesora organizó

un concurso de pintura. Yo me esforcé al máximo. Pinté con dedicación, con ilusión, con todo lo que una niña de esa edad podía dar. Otra compañera ganó el concurso. Su dibujo era perfecto. Más tarde supe que sus padres la habían ayudado.

Mi dibujo, en cambio, tenía algo "mal": se salía un poco de las líneas, como es usual en cualquier otro niño de esa edad.

Yo me había acercado emocionada a mostrar mi trabajo; sin embargo, la profesora solo me respondió: *"Cuando aprendas a no salirte de las líneas podrás participar en otro concurso"*.

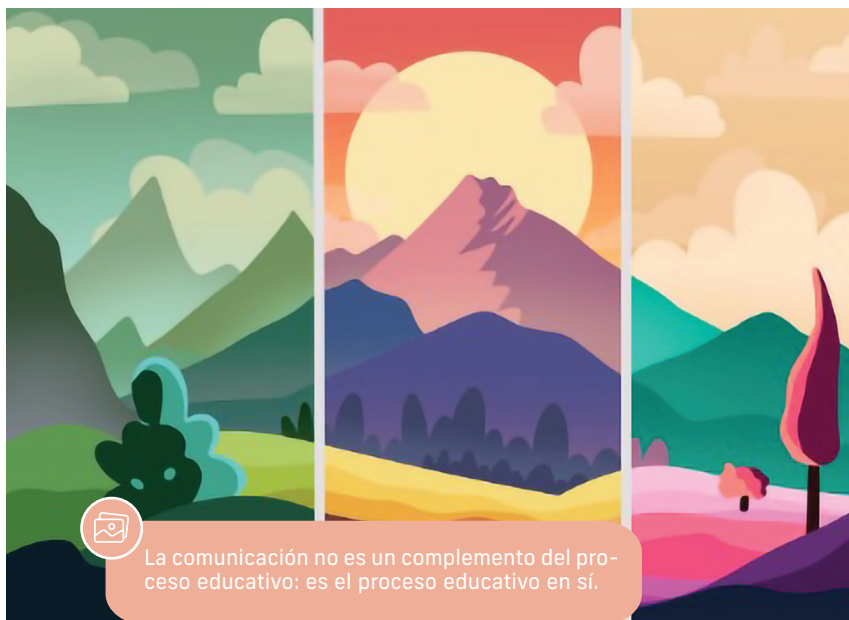
No fue un grito. No fue un insulto. Pero fue una sentencia.

Desde ese día, durante toda mi vida escolar, nunca volví a intentar pintar. No participé en concursos, no levanté la mano, no me permití explorar esa parte de mí. El mensaje quedó grabado: no eres lo suficientemente buena.

El contraste: cuando una palabra repara

Años después, ya en la universidad, volví a pintar. Esta vez no fue una profesora quien validó mi trabajo, sino mi papá. Él elogiaba mis dibujos, veía lo que yo hacía con orgullo, sin comparaciones, sin condiciones.

Ese respeto restauró lo que años de juicio habían roto. Hoy, el dibujo, específicamente la ilustración, es una de mis mayores fortalezas, no porque lograra la "perfección" exigida en la infancia, sino porque alguien supo mirar con dignidad mi proceso de aprendizaje.



La comunicación no es un complemento del proceso educativo: es el proceso educativo en sí.

Estas imágenes son ejemplos de las ilustraciones que he hecho a lo largo de los años:

Lenguaje que hiere versus lenguaje que construye

Comunicación negativa:

- "Así no se hace."
- "Deberías hacerlo mejor."
- "Cuando aprendas, hablemos."

Comunicación positiva:

- "Veo tu esfuerzo."
- "Estás aprendiendo."
- "Tu forma de hacerlo también es válida."

La diferencia no está en bajar la exigencia, sino en dejar de convertir el error en identidad y tratarlo como una oportunidad de aprendizaje y mejora.



Durante mucho tiempo dejé de dibujar. No dejé de hacerlo porque no me gustara, sino porque aprendí a sentir vergüenza de eso. durante años.

El aula como espacio emocionalmente seguro

Un aula no es solo un lugar donde se aprenden contenidos. Es un espacio donde se construye, –o se destruye– la confianza. La comunicación positiva crea entornos donde los estudiantes no tienen que esconderse (ni en armarios, ni en silencio), y sí donde pueden expresarse sin miedo a ser juzgados.

Debemos tener en mente que muchos estudiantes no dejan de intentarlo porque no pueden, sino porque aprendieron que hacerlo estaba mal. Cada palabra que usamos en el aula deja una huella. A veces esta huella es tan profunda que puede silenciar una pasión durante años. La comunicación positiva no es una estrategia blanda sino una responsabilidad ética.

Educar también es cuidar el lenguaje, porque en él se juegan la autoestima, la creatividad y el deseo de aprender. Tal vez cuando crezcan, estos niños y adolescentes no recordarán todas las lecciones, pero sí recordarán cómo los hicimos sentir cuando intentaron ser ellos mismos.